A LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y HUMANIDADES.

OBSERVACIONES sobre la Historia de la Literatura Española, de Jorge Ticknor, citadano de los Estados-Unidos: por Don Andrés Bello.

La necesidad de una obra de esta especie se había hecho sentir largo tiempo en el estudio de la literatura española; y nos complacemos en anunciar que Mr. Ticknor ha llenado del modo más satisfactorio este vacío. No sólo ha concentrado, juzgado y rectificado cuanto se había escrito sobre el mismo asunto dentro y fuera de España, sino que a lo ya conocido añade de su propio caudal multitud de datos biográficos y bibliográficos que están al alcance de pocos, y que ha sabido trazar a colación con mucha oportunidad y discernimiento. Los aficionados a las letras castellanas hallarán en el erudito norte-americano un juez inteligente, capaz de apreciar lo bello y grande bajo las formas peculiares de cada país y cada siglo; tan ajeno del rigorismo superficial que califica las producciones del ingenio por las reglas convencionales de un sistema exquisito, como de las ilusiones de aquellos que se saborean, no solo con lo tosco y bárbaro, sino hasta con lo trivial y rastrero, si pertenecen a épocas o géneros predilectos; descarriados uno y otro nada rares, el primero en los siglos anteriores a nuestro, y el segundo en nuestros días. Pero lo que más realza esta obra es, a mi juicio, la parte histórica, el encadenamiento filosófico de los hechos, la sagacidad con que se rastrean las fuentes, la lucidez con que se pone a nuestra vista el desarrollo del genio nacional en los varios ramos de literatura. La sección relativa al drama es la de más amplias dimensiones; y la que el autor parece haber tratado con especial atención y esmero.

Superfluo sería, y hasta presuntuoso de mi parte, expresar este juicio sobre lo que ha obtenido tan general y huyrosa aceptación en todo el mundo literario, si no me hubiese inducido a ello el deseo de dar a conocer entre nosotros, donde la lengua y literatura castellanas se miran con inexcusable desden, la obra más a propósito para convencerlo de injustice.

No se crea, por lo dicho, que adhiero a todas las opiniones del autor. En el discurso que tengo el honor de presentar a la Facultad de Humanidades, y en los que probablemente le seguirán, me propongo controvertir algunas de sus deducciones e juicios. Mis observaciones se referirán a la primera Sección de la Historia, que abarca toda la literatura castellana desde fines del siglo duodécimo hasta principios del decimoésimo.
Mr. Ticknor me parece atribuir muy poca o ninguna parte, en la más temprana poesía de los castellanos, a la influencia de los árabes; juicio que yo había formado años hace, cuando la opinión contraria, patrocinada por escritores eminentes, había llegado a ser un dogma literario, a que suscribían, sin tomar en cuenta la pena de someterlo a un detenido exámen, casi todos los estranjeros e nacionales que de propósito o por incitación hablaban de la antigua literatura de España. Que entraron en la lengua castellana multitud de voces árabes; que aun algunos de los sonidos con que se pronunciaban fueron modificados por el idioma de los Musulmes, y que del contacto, de la mezcla intima de las dos razas, se pegaron al romance castellano ciertos tyros, ciertas expresiones proverbiales, lo tengo por incontestable. Si esta influencia pasó del idioma a los cantos populares, de los castellanos, como parecía natural, es un punto que examinarémos despues. Observemos entre tanto el hecho fundamental, y no disimulemos su importancia y alcance. Trasladaré aquí con este objeto la luminosa exposición de Mr. Ticknor (a), a la que con pocas limitaciones suscribo.

«Otra tremenda invasión descargó sobre España; violenta, imprevista, y que por algún tiempo amenazó harrer con toda la civilización y cultura que de las antiguas instituciones del país se conservaban, o que empezaban a terminar bajo las nuevas. Habla de la notable invasión de los árabes, que nos obliga a buscar algunos de los ingredientes del carácter, idioma y literatura de los españoles en el corazón del Asia, como ya nos hemos visto obligados a buscarlos en lo más septentrional de la Europa.»

«Los árabes que en todas las épocas de su historia han sido un pueblo pintoresco y extraordinario, debieron a la ardorosa religión que les fue dada por el jénesis y fanátismo de Mahoma, un impulso que bajo muchos respectos no ha tenido paralelo en el mundo. Por el año de Cristo 623 eran todavía dudosos la fortuna y destinos del Profeta, aun dentro de los estrechos límites de su indomita y vagabunda tribu; y al cabo de menos de un siglo, no solo la Persia, la Siria y casi todo el Asia occidental, sino el Egipto y toda la parte septentrional del África se habían rendido al poderio de aquella fe bélica. De un suceso tan vasto y tan rápido, fundado en el entusiasmo religioso, y tan prontamente seguido de una civilización adelantada, no nos ofrece otro ejemplo la historia.»

«Cuando los árabes obtuvieron una posesión tolerablemente tranquila de las ciudades y costas africanas, era natural que volviesen los ojos a España, de la que solo estaban separados por un estrecho del Mediterráneo. Desembarcaron con grandes fuerzas en Jibraltar el año de 711. Siguió inmediatamente la batalla del Guadalete, donde la llamarón los moros, o de Jerez, como la apelidaron los cristianos; y en el transcurso de tres años avasallaron con su acostumbrada celeridad toda la España, excepto aquella región alrededor del Noroeste, a cuyas montañas se retiraron un gran número de cristianos, expulsados por Pelayo, dejando a sus damas compatriotas en manos de los conquistadores.»

«Pero mientras los cristianos que se habían salvado del naufragio del poder gótico, permanecían encerrados en los montes de Vizcaya y Asturias, o sostenían aquella desesperada lucha de cerca de ocho siglos, que terminó en la expulsión final de los invasores, los moros, en el centro y especialmente en el mediodía de la España, gozaban de un imperio tan espléndido y tan intelectual como su religión y civilización permitían.»

«Mucho se ha dicho sobre la gloria de este imperio y el efecto que produjo en la literatura y costumbres de las naciones modernas. Hace ya tiempo que Huet y Mas-
sien creyeron que podía rastrarse hasta ellos el origen de la rima y de las ficiones románticas, pero en el día se miran jenerimientos una y otras como producciones propias y distintas del espíritu humano, que diferentes naciones en diferentes épocas han sacado a luz separadamente para sí mismas (b). Algo más tarde el jesuita Andrés, de la orden de los franciscanos, importó la rima y las ficiones románticas de Italia a Francia, donde el escepticismo de aquellos tiempos le hizo clamar por una nueva rima y una nueva fición. Pero el nuevo espíritu romántico no fue aceptado por el público, y la rima y las ficiones románticas desaparecieron de Francia.

Pero a pesar de esto, la rima y las ficiones románticas continuaron evolucionando en otras partes de Europa. En Italia, por ejemplo, el poeta Dante Alighieri escribió los Cantos de la Divina Comedia, donde utiliza la rima y las ficiones románticas para expresar sus ideas filosóficas y espirituales. En España, el poeta Francisco de Quevedo utilizó la rima y las ficiones románticas en sus poesías, creando una nueva forma de expresión que se convirtió en un estilo muy popular entre el público.

En resumen, la rima y las ficiones románticas han sido un elemento importante en la evolución de la literatura europea. A pesar de las críticas iniciales, han logrado sobrevivir y evolucionar a lo largo de los siglos, convirtiéndose en un elemento esencial de la literatura europea.

(b) En cuanto a la rima, el poeta Góngora escribió una poesía en que habla de la rima como una forma de expresión musical. En su poesía, utiliza la rima y las ficiones románticas para crear una atmósfera mística y espiritual.

(c) En cuanto a las ficiones románticas, el poeta Lope de Vega escribió una serie de obras en que utiliza la rima y las ficiones románticas para expresar sus ideas filosóficas y espirituales. En sus obras, crea una atmósfera mística y espiritual que invita al lector a reflexionar sobre sus propias experiencias y pensamientos.

(d) En cuanto a la rima y las ficiones románticas en Italia, el poeta Petrarca utilizó la rima y las ficiones románticas para expresar sus ideas filosóficas y espirituales. En sus obras, crea una atmósfera mística y espiritual que invita al lector a reflexionar sobre sus propias experiencias y pensamientos.
tejidos por aquella laxa tolerancia que la religión mahometana prescribía y practicaba al principio. Como vencidos, pagaban doble tributo que los moros, y sufrían impuestos sobre sus iglesias; pero en lo demás estaban sujetos a pocas cargas y servidumbres, y aún se les permitía tener sus obispos, templos y monasterios, y ser juzgados por sus propios leyes y tribunales en las controversias entre ellos mismos, salvo que se tratase de la pena de muerte. Pero aunque de este modo se mantuvieran como un pueblo en cierta manera distinto; y aunque, considerando la dependencia en que vivían, conservaran la fe de sus padres con una constancia y lealtad apenás creíbles, no podía menos de hacer mella en ellos la presión continua de una dominación poderosa e magnífica, y de una población bajo todos respectos más próspera y adelantada que la suya. En el transcurso de siglos era inevitable que su carácter nacional cediese por grados a esta incesante influencia. Llegaron por fin a usar el traje morisco; adoptaron las costumbres de los moros; sirvieron en los ejércitos musulmános, y obtuvieron cargos de honor en las cortes de Córdoba y de Granada. En suma, bajo todos estos respectos merecieron el nombre que se les dio de mozárabes, o cuasi-arabes en costumbres e idioma; porque tan mecedados estaban con sus dominadores que llegaron por fin a no distinguirse, sino por su fe, de la población árabe entre la cual vivían.

«El efecto de todo esto en cuanto hasta entonces había logrado sobrevivir a la lengua y literatura de Roma, se echó de ver en ellos muy pronto, como debía suceder. Los españoles que residían entre los moros, no se cuidaron de su degradado latín, y empezaron luego a hablar el árabe. En 794 creyeron los conquistadores que ya era tiempo de establecer escuelas para enseñar su lengua a los cristianos de sus dominios, y de prohibirles que usasen otra. Alvaro de Córdoba, que escribía su Indulcitas Luminosa en 874, y era testigo competente en la materia, manifesta el gran suceso que había tenido esta providencia de los dominadores; pues se queja de que los cristianos de su tiempo no apreciaban el latín, y a tal punto se habían familiarizado con el árabe, que apenas habría podido hallarse un cristiano entre mil, que fuese capaz de escribir en latín a otro cristiano; mientras que muchos de ellos componían poesías arábigas en que rivalizaban con los moros mismos. A tal punto llegó el temprano predominio del árabe, que Juan, obispo de Sevilla, uno de aquellos varones venerables que eran igualmente respetados por los cristianos y los musulmanes, creyó necesario trasladar a aquel idioma las Escrituras, porque sus diocesanos no podían leerlas en otro. Aun fué preciso que el registro de las Iglesias se llevara en árabe, como se hizo desde entonces por varios siglos; y así es que los archivos de la catedral de Toledo se han visto recientemente, y sin duda se ven hoy día, mas de dos mil documentos escritos en árabe, principalmente por cristianos y eclesiásticos.

«Nadie de un golpe está orden de cosas cuando la fortuna de las armas se declaró por los cristianos del norte, porque después de reconquistadas algunas de las provincias centrales del país, las monedas selladas por los reyes cristianos para que circulasen entre sus vasallos de la misma fó, estaban cubiertas de inscripciones arábicas; como puede verse en algunas de Alfonso VI y Alfonso VIII. El rey don Alfonso el Sabio por un solemne decreto expedido en Burgos a diez y ocho de Setiembre de 1356, previa la educación de la juventud sevillana, estableciendo para ella escuelas arábigas, al mismo tiempo que latinas. Y todavía más tarde los actos y documentos públicos de aquella parte de España solían escribirse en árabe; y las firmas de escrituras eclesiásticas importantes, redactadas en latín o español, se ponían a veces en letras arábigas, como se ve por una de Fernando IV en que se conceden ciertos privilegios a los monjes de San Clemente. De manera que casi hasta el tiempo de la conquista de Granada, y bajo ciertos respectos aun después, el idioma, costumbres y civilización de los árabes estaban todavía muy difundidos entre la población cristiana de la España central e meridional.»
Así, cuando los cristianos del norte, después de la mas enconada y tenaz contienda, se aprestaron a la servidumbre, la porción más considerable de su antigua patria, y arrinconaban a los moros en las provincias del sur, se vieron, según iban ganando terreno, rodeados de grandes muchedumbres de sus compatriotas, y hermanos en la fe cristiana; a la verdad, en creencias y sentimientos, aunque de escasa doctrina religiosa y de imperfectas ideas morales; pero todos en el vestido, los costumbres y la lengua. Unieronse, por supuesto, las dos diversas masas; pero la guerra que había tenido tanto tiempo separadas, que, si bien de la misma estirpe, y ligadas por algunas de las más poderosas simpatías de la naturaleza humana, carecían ya de un idioma común para las odiosas relaciones de la vida. Pero esta unión de los dos partos del pueblo cristiano, donde y como quiera que se efectuase, envolvía la inmediata modificación de la lengua, que unos y otros habían de emplear en sus comunicaciones recíprocas. El latín corrompido, alterado por el contacto de la lengua gótica, había sin duda sufrido sucesivas modificaciones desde el tiempo de la conquista árabe; pero otra nueva y final adaptación era indispensable. Verificóse inmediatamente una inyección considerable del árabe, y entró el último de sus principales elementos en la lengua española, que pulida y afinada en los siglos siguientes por el progreso de la civilización y las luces, es todavía en sus facciones prominentes la misma que apareció poco después de lo que con característica nacionalidad se ha llamado Restauración de España.

El lenguaje que los guerreros cristianos trajeron del norte, y que fue progresivamente modificado a medida que se fue estableciendo el contacto con la población morisca del sur, era, de cierto, el latín clásico. Era un latín, corrompido a principios por las mismas causas de barrancas a que había estado sujeto el latín en toda la extensión del imperio romano; corrompido luego por el inevitable efecto del establecimiento de los godos en otras zonas de España; corrompido ulteriormente por agregaciones de la lengua primitiva iberia o vasa ocasionadas por la residencia de los cristianos en las montañas a que se refugiaron, y en que el antiguo idioma de la Iberia no había dejado nunca de hablarse. Pero la principal causa de la degeneración del latín en el norte desde mediados del siglo octavo fue sin duda la miserable condición de los que lo hablaban. Habían huido de las ruinas del latínizado reino de los godos, acosados por la fulminante espada de los musulmanes; y se encontraron apiñados entre las escarpadas cuestas de los montes de Vizcaya y Asturias. Privados de las instituciones sociales en que se habían criado, y que por deterioradas y ruinosas que estuviesen, representaban todavía y tutelaban hasta lo último toda la civilización que había quedado en este misero país; mezclados con una gente que hasta entonces había sufrido poco por la barbarie que le hizo resistir con igual tenacidad a la invasión romana y a la de los godos; encerrados en un territorio demasiado estrecho para su número, demasiado áspero, demasiado pobre para suministrarles una tolerable subsistencia, parece que los cristianos refugiados en aquellas montañas se vieron reducidos desde luego a una condición que distaba poco de la vida salvaje, y en que, por supuesto, no les era dado cuidarse de la pureza del idioma que hablaban. Ni fueron mucho más favorables para este objeto las circunstancias en que luego se hallaron, cuando con el declive de la desesperación comenzaron a recordar su perdida patria. Estaban constantemente en armas, constantemente en los peligros y penalidades de una vida de combates y fatigas, amargada todavía más e exasperada por odios intensos, nacionales e religiosos. Así cuando avanzaban victoriosos hacia el sur y las costas, e intervenían en comunión con aquellas poblaciones cristianas que habían quedado entre los moros, no podían menos de sentirse a presencia de una cultura civilizada, más superior a la suya.

El resultado era inevitable. La mutación que entonces experimentó su lengua,
dependía de las circunstancias peculiares en que se hallaban. Así como los godos, entre los siglos quinto y octavo, adoptaron un gran número de palabras latinas, porque el latín era la lengua de un pueblo más intelectual e adelantado y con quien estaban íntimamente mezclados, así, y por las mismas causas, la unión entera entre los siglos octavo y décimotercero, recibió de los árabes otra contribución para su vocabulario, y se acomodó de una manera notable a la adelantada cultura de sus compatriotas meridionales e de los avasallados moros (d).

«En qué precisa época debía decirse que se formó la lengua llamada después española e castellana, por la unión del corrompido y gotisizado latín que venía del norte, con el árabe del mediodía, no puede ahora determinarse. Esta unión debió naturalmente producirse por una de aquellas graduales y silenciosas transformaciones que experimenta el carácter esencial de un pueblo, y que no dejan tras de sí monumentos auténticos ni memorias circunstanciadas. El erudito María, a quien sobre esta materia podemos prestar confianza sin riesgo de extraviarnos, asegura que no existe, ni a su juicio existió jamás, documento alguno en lengua castellana, de fecha anterior al año 1150. A la verdad, el más antiguo que se cita es una confirmación de privilegios otorgada por Alfonso VII el año 1155, a la ciudad de Abílés en Asturias (e). Así por gradual e imperceptible que haya sido la formación e primer aparecimiento del castellano, como habla de la España moderna, podemos estar seguros de que a mediados del siglo duodécimo se había ya elevado a la categoría de lengua escrita e había empezado a figurar en los importantes documentos públicos de la época (f).

«Desde entonces podemos pues reconocer en España la existencia de un idioma que se propagaba por la mayor parte del país; diferente del latín puro e degradado, y todavía más del árabe, pero que sin manifiestamente de la unión de ambos; modificado por los anacronías e espiritus de las construcciones e idiotismos góticos, y entremezclado de relickijs de los vocabularios de las tribus germánicas, de los iberos, los

(d) No podía decirse que los hechos que se comparan son más bien contrarios que analógicos? En el primero el latín vulgar, vehículo de la decadida cultura romana, pervivió sobre el idioma de los bárbaros, del que solo recibe cierto número de raíces; en el segundo el lenguaje informe e rude de los cristianos del norte, aquel mismo latín vulgar que había sufrido una profunda degeneración, pervivió sobre el rico, culto y refinado idioma de sus civilizados hermanos del mediodía, y de los isloteños e ilustres árabes, a quienes toma otro número de palabras. El caudal del romanico, de la lengua adularcera de los flamencos, se aumenta con las contribuciones ibérica, gótica, arábiga, que lo enriquecen, desfigurándose hasta cierto punto, pero conservando en gran parte su fonética moderna. En la primera revolución triunfa el idioma de la raza más civilizada; en la segunda la lengua de los vencedores, que disipa mucho de la riqueza y pulcritud de la que fue suplantada por ella. Esta vitalidad de la lengua romana vulgar es un fenómeno que no me parece suficientemente explicado. (Nota del Traductor.)

(e) Fue publicado en la Revista de Madrid, segunda época, tomo VII, pág. 307 y siguientes.

(f) El autor de la Profesoria de Diócesis, inserta en la Crónica de Alfonso VII, describió así a los guerreros castellanos que concurrieron a aquella célebre expedición en 1117:

Post hunc Castellae procedunt apicula mille,
Famosi circia por secunda juga potentiss.
Illorum estra fulgent cedil velut ochra:
Aero fulgebant argentae vasa aurea:
Non est quaeperta in obs, sed magna facultas.
Nullus meminisset simul debilita, nee male tardas.
Sunt fortes cannti, sunt in certamina tur.
Carcas et vina sunt in castra inpanta.
Copia flumenti datur omni sponte petendi.
Armorum tuta, stellarum lumina quanta.
Sunt et qui multo ferro seu panno suffunditi.
Illorum lingua racionem quasi tympano taba.
España Sagrada, tomo XXI, pág. 408.

El lago y riqueza de los castellanos pueden haberse exagerado por el poeta, pero el último verso es un testimonio irrefutable de la existencia del dialecto castellano con su característica sonoridad, en la primera mitad del siglo duodécimo. (Nota del Traductor.)
celtos y los fánaticos que en diversas edades habían ocupado casi toda la Península (g). Este idioma se llamó al principio romanico porque había nacido de la lengua de los romanos y así como los cristianos refugiados en las montañas del Noroeste fueron denominados al romi o los árabes, que los creían de estirpe romana (h). Mas tarde se llamó español, por el nombre general de la nación, y al fin, acaso más frecuentemente, castellano, por aquella porción del país, cuyo ascendiente político predominó hasta el punto de dar a su dialecto la preponderancia sobre todos los otros que, como el gallego, el catalán y el valenciano, fueron por más o menos tiempo idiomas escritos, que se glorían cada uno de una literatura propia.

«La proporción de los materiales suministrados por cada lengua de las que entronaron en la composición del español, no se ha fijado con exactitud hasta ahora, aunque se sabe lo bastante para establecer una transacción entre sus pretensiones recíprocas. Sarmiento, que investigó la materia con algún cuidado, opina que las seis décimas partes del moderno castellano son de origen latino; otra décima, griega y eclesiástica; otra, septentrional; otra, arábiga; y el resto, indostánico, americano, jíteno, aleman moderno, francés e italiano. Pero Larramendi y Humboldt están seguros de que debe añadirse el vasco; y al paso que las indagaciones de Marina tienden a rebajar la cuota arábiga, las de Gayangos la hacen subir a la octava parte. Es probable que este cómputo no se aleje mucho de la verdad. Sea de ello lo que fuere, sobre el punto principal no cabe duda: la rama ancha que el castellano debe buscar en el latín, al que en realidad es preciso atribuir todas o la mayor parte de las contribuciones que suelen referirse al griego (i).»

La lengua castellana, formada de este modo, se hizo de uso general más temprano y más fácilmente, quizás, que cualquiera otra de las nuevamente creadas que surgen en la Europa meridional y fueron supplantando al idioma universal del mundo romano, a medida que la confusión de la media edad desaparecía. Las causas de la creación y adopción del nuevo lenguaje fueron más impresoras en España por las íntimas relaciones de los moros, los mudéjares y los cristianos entre sí; al paso que el reinado de San Fernando, por lo menos acía el tiempo de la conquista de Sevilla, en 1248, fue un año, ya que no de tranquilidad, de prosperidad y casi de esplendor, agregándose a todo esto que el latín, como lengua hablada y escrita, había dejenera-

(g) No puedo descubrir en el castellano esa construcción o idealismo gótico. Basta la barbarie para abrumar a la ardua estructura de la lengua latina, como las estancias más espaciadas y fácil, para abolir la declinación, y simplificar la conjugación. En los dialectos jeroglíficos hubo declinaciones e todavía las hay. La conversión del pronombre latino _tu_ en el artículo definido estaba preparada en el latín mas puro: _tu homo_ que, _tu hombre que_, los dialectos romances no hicieron mas que generalizar este uso. Del numeral _uno_ nuestro artículo indefinido no había mas que un paso: el artículo indefinido lleva consigo la idea de la unidad. En fin, el ampliar de los tiempos comunes existía ya en la lengua latina ordinaria. 

(h) Así, aunque perspicaces hubiera superado este epigrama. ¿Qué partes asignaríamos para a las antípodas y espiritual gótico? Si éramos con más exactitud que nuestro romance es la lengua de los romanos alterada por la ajetrea simplificadora de la barbarie, y enriquecida por la asombrosas contribuciones de otras lenguas que aumentaron su caudal sin borrar el tipo primitivo? (Nota del traductor).

(i) Llamamos romanico, romanico, cada uno de los dialectos vulgares que nacieron de la lengua latina o latina. Creo que la forma de la palabra es originalmente francés. En el castellano antiguo se hizo romanis de Gonzalo de Berceo análogo, en uno de sus poemas, dice que va a verificarse en roman paladino, en cual suele el pueblo hablar a su vecino;
do a tal punto en España, que no podía oponer la misma resistencia a ceder su lugar, que en otras partes donde igual revolución caminaba a su fin. No debemos pues sorprendernos de encontrar no solo en estas, sino considerables monumentos de literatura española inmediatamente después del reconocido aparecimiento de la lengua misma. El poema narrativo del Cid, por ejemplo, no puede ser de fecha posterior a 1200; y Berceo, que floreció entre 1210 y 1230, aunque casi se disculpe de no escribir en latín, manifestando así con toda certidumbre haber pertenecido a la época en que las dos lenguas contendían por el predominio, nos ha dejado una gran cantidad de jentinos versos castellanos (1). Pero no fué sino algo más tarde, en el reinado de Alfonso X, entre 1252 y 1282, cuando quedó reconocida y consumada la introducción del español, como una lengua escrita, regular y culta. Por orden de ese príncipe se tradujo en ella la Biblia según la Vulgata; él ordenó que todos los contratos, todos los instrumentos públicos se otorgasen en ella; y por medio de su célebre código de las Siete Partidas preparó de antemano la propagación y autoridad del castellano en todos los países en que llegaron después a prevalecer la raza española y el poder de Castilla.

Sobre los antecedentes del castellano, describíos de un modo tan vivo y pintoresco por Mr. Ticknor, puede haber poca variedad de opiniones; pero ¿explican ellos suficientemente el resultado final? ¿No se hubiera podido, a vista de ellos, anunciar a priori que el árabe iba a ser el idioma universal o predominante de la Península, enriquecido probablemente con cierto número de raíces latinas, pero conservando su organismo propio y su jénero? ¿Habria podido predecirse que estaba reservado este triunfo al latín bastardeado de los toscos y rudos montañeses del norte, y que el llimando y copioso lenguaje del centro y del mediodía correría la misma suerte que las poblaciones intelectuales y prósperas que lo hablaban? En la lucha de dos pueblos no es la fortuna de las armas sino la superioridad de civilización y cultura lo que hace prevalecer un idioma. La lengua que los conquistadores romanos impusieron a las naciones del occidente, no pudo sobreponerse al griego de las naciones pero civilizadas provincias de la Europa oriental y del oeste. Las tribus germánicas que conquistaron el imperio y modelaron en parte sus instituciones, vieron desaparecer poco a poco sus dialectos nativos, absorbidos por el idioma de los vencidos. ¿Qué tienen de francés o de árabe o de lombardo las lenguas del sur de la Europa? Algunos cantares de voces dispersas, que para conservar su aislada existencia han tenido que asimilarse a un organismo ajeno, tomando las formas, y prestándose a las combinaciones, originariamente latinas, de los varios romances.

Pero, ya que no pudo prevalecer el idioma, ¿a o habría debido esperarse siquiera que el espíritu y jenio de los árabes se hubiera hecho sentir de un modo notable en la naciente poesía de los españoles? «No hai duda» (decía yo el año 1834 en el nú-

(1) Sobre la antigüedad del Poema del Cid tendré ocasión de hablar de propósito.—El pasaje de Gonzalo de Berceo, a que alude Mr. Ticknor, es el mismo que yo cité arriba, y dice así:

Quien for una prosa en roman paladino,
En cuant se puede hablar a su vecino,
Ca non es tan letrada por ser ente len.

(St. Dom. cap. 2.)

Pero la verdadera locución, la única que puede dar un razonable contexto y sentido, es metro latín. Poesía es claramente una palabra que el poeta ha sacado de la literatura, en el sentido de composición poética, que una vez tuvo; como ya parece haberlo comprobado Fernando Wolf, citado por Mr. Ticknor, y lo comprobó, además del lexicó de Ducange, el Diccionario de la Academia Española. Así, de lo que se disculpa Berceo es de no escribir en metro latín; forma de composición que se miró, durante toda la media edad, y por más de un siglo después, como la más noble y digna.

Es indudable, por otra parte, que los francéses y provenzales versificaron en lengua vulgar mucho antes de 1200. Algunos de esos poemas existen, y son bastante largos y regulares. Bien es verdad que la lengua de los trovadores dista más del moderno francés, que del castellano moderno, el Poema del Cid.
moro (95 del Ariéneco) que mirada por encima la serie de conquistas y revolución
des de que fue la Península: toda pronosticaba una mejora sensible, una pre-
ponderancia decidida de orientalismo en el entorno intelectual y moral de los españoles.
Los árabes tuvieron sujegad por ocho siglos toda una gran porción de España; y la ter-
cera parte de ese tiempo había bastado a los romanos para naturalizar allí su idioma,
sus leyes, sus costumbres, su civilización, sus letras. Roma dio dos veces su re-
ligión a la Península Ibérica. Juzgando por analogía, ¿no está de creer que la larga domi-
nicación de los conquistadores mahometanos hubiese producido una metamorfosis
equívoca, y que encontrásemos ahora en España el árabe, el alcoran el turbante,
e en vez de estas formas sociales latino-románicas que apenas dejan percibir un ligero
día oriental? Pero nunca están más sujetos a error estos raciocinio a priori, que
cuanlo se aplican al mundo moral y político: donde, como en el físico, no es so-
lo la naturaleza de los elementos, sino también su afinidad relativa, lo que determi-
n la resultancia de la agregación y el carácter de los compuestos. Los elementos latino-
no y árabe se mezclaron íntimamente; pero no se fundieron jamás el uno en el otro;
un principio eterno de repulsión ajataba la masa; y luego que dejaron de obrar las
causas externas que los comprimían y los solicitaban a unirse, resuritieron con una
fuerza proporcionada a la violencia que habían sufrido hasta entonces. La energía
del espíritu religioso de los restauradores, exaltada por una guerra desoladora, inex-
tingible, trasmitida de generación a generación por una larga serie de siglos; el espí-
ritu de que participaban los españoles que bajo el yugo sarraceno guardaban la fe
y con ella, su lengua y sus mayores, fué tal vez lo que deslizó el romano. Por una parte el espíritu del cristianismo, por otra el de la caball
ería feudal, dieron el tono a las costumbres; y si las ciencias debieron algo a las su-
tiles especulaciones de los árabes, las buenas letras, desde la infancia del idioma has-
ta su virilidad, se mantuvieron constantemente libres de su influjo.

«Es cosa digna de notar que jamás ha sido la poesía de los castellanos tan simple,
tan natural, tan desnuda de los adornos brillantes que caracterizan el gusto oriental,
como en el tiempo en que eran mas íntimas las comunicaciones de los españoles y de
los árabes; que los campesinos alarbes no aparecen en los antiguos romances de los
españoles, sino a la manera que los guerreros troyanos íbaren en la poesía de los
griegos, como enemigos, como tiranos aventurados que era necesario exterminar, y
como materia de los triunfos de la patria; y que el abuso de los conceptos de las métr
foras, el estilo hiperbólico y pomposo, en una palabra, lo que se llama orientalismo,
no infestó las obras españolas, sino largo tiempo después de haber cesado toda co
municación con los árabes; como que fué en realidad una producción espontánea del
occidente.»

En cuanto a la ausencia de todo rasgo árabe en la primera poesía narrativa de
los españoles, creo que esto es sustancialmente de acuerdo con el erudito y filósofo
historiador norteamericano. Pero si los árabes no influyeron de un modo perceptí
ble en aquella antiguísima poesía, ¿se deberá decir lo mismo de los otros pueblos con
con quienes la Españ romana estuvo en contacto? Mr. Ticknor reconoce la influen
cia proveniente en ciertas composiciones del jénero lírico; pero nada dice de la que tu
vieron en la poesía narrativa, en la epopeya caballeresca, los trovadores franceses de
la lengua de Oui, llamados propiamente troveres. Esta especie de poesía le parece
haber sido una producción espontánea, formada enteramente por el desenvolvimien
to de fuerzas nativas, sin el concurso de ninguna ajenera estranjera. Yo he expresado
años hace un juicio diverso. En el viejo Poema del Cid, muestra juventud de la mas
antigua epopeya caballeresca de los castellanos, y a que por tanto se referirán prin
cipalmente mis observaciones, se echa de ver a cada paso, que su autor, quien qui
era que fue, conoció la poesía de los trovares, y fué en parte inspirado por ella.
Sin desconocer el espíritu nacional tan profundo e admirablemente estampado en esta preciosa antigüedad, encuentro en sus formas externas, en su manera, hasta en sus locuciones y jíros, una afinidad evidente con los Cántares de Gesta, con los poemas caballerescos, que tanto hago tuvieron en Francia desde el siglo undécimo.

Desgraciadamente, para fundar esta aserción, me será preciso descender a menudencias que parecerán sin duda áridas e fastidiosas a la generalidad de los lectores. Pero hay materias en que las menudencias importan. La similitud, por ejemplo, de las formas métricas, similitud que no es menos que poner a la vista desmenuzando los elementos rítmicos, es una de las pruebas más decisivas de la influencia de una escuela de poesía en otra. Me veo también en la necesidad de repetir a veces lo que he dicho en algunos de mis escritos anteriores sobre esta materia y sobre otras que tienen conexión con ella. Teniendo contra mí una autoridad tan respetable como la de Mr. Ticknor, debía hacer una reseña completa de mis pruebas.

Principiaremos por algunas cuestiones previas, relativas al Poema del Cid. La primera será esta: ¿Hay motivo de creer que el lenguaje de este poema sea más antiguo que el de Bercé, el del Alejandro, la versión del Fuero Juzgo, y otras obras que pertenecen indudablemente al siglo decimotercero?

1. Comenzando por los artículos, en el Cid no se ven otros que los modernos el, la, lo, los, las.—En el Alejandro se emplean a veces el por la, lo por lo, los por las.

Creyeron a Tersites el a mayor partida.

{cop. 402} Par vengar el a ira olvidó lealzat.

{688} Alzan el a que sobre forté de los tanleros.

{982} Fueron el a troyanos de mal viento feridos.

{472} Quien veyeron cuántos eran el a naves cantar.

{225} Exien de Paraíso el a tres aguas sanctas.

{264}

Lo mismo vemos en cuanto en cuanto en la versión castellana del Fuero Juzgo. «El por estos destrozos mis elos enemigos estranos, por tener el so pueblo en paz.» «De las bonas costumpnes nasce el a paz et el a concérdia entre los poblos.» Sanchez, en su edición del Alejandro, escribe inadvertidamente estos antiguos artículos como dos palabras, el, la, e lo, etc. Además es necesario notar su inmediata derivación de las voces latinas illa, illud, illas, illas. Ellos forman una transición entre las formas latinas y las del Poema del Cid.

2. En el verbo que significaba en latín la existencia se habían amalgamado diferentes verbos; porque fui, fueram, fuero, fuerim, fuissem, vienen sin duda de diversa raíz que es, estis, este, estote, eram, ero, esse; y es probable que sem, sumus, sunt, sim, provienen de una tercera raíz. Los castellanos aumentaron esta heterogeneidad de elementos, añadiendo otro más, que tomaron del verbo latino sedeo; elemento que aparece tanto más amenudo, y se aproxima tanto más a la forma latina, cuanto más antiguo es el escritor.

En Bercé encontramos las formas sea (sedeo), siedes (sedes), siedo (sedet), sedomos (sedemus), sederes (sedecis), sieden (sedent), de que no halló vestigio en el Cid, cuyo presente de indicativo es siempre muy semejante al moderno: so, ores, es, somos, sedes, son.
En el imperativo de indicativo se asemeja el Cid a Berceo: *sedia, sedias, o sedie, sedies, o seia, seias, o seie, seieis,* derivados de *sedebam, sedebas,* además de *era, eras.*

Tenemos en Berceo el imperativo *sede:* (sedete): en el Cid, *sed,* como hoy se dice.

El Arcipreste de Hita conserva todavía el subjuntivo *seya, seyas,* (sedeam, sedes).

En el Cid leemos constantemente *sea, seis.*

El infinitivo en Berceo es por lo regular *seer* (sedere); en el Cid siempre *ser,* contracción que no sube seguramente al siglo décimotercero. Así lo que en Berceo es *seer, seria o seeria,* en el Cid es *seré, sería, serís.* Verdad es que en Berceo se encuentra a veces la contracción *seré,* serías, cuando lo exige el metro; pero prevalece la doble e, de que creo no se halla ningún ejemplo en el Cid.

Esta inserción del verbo *sedeo* en el que significa la existencia es antiquísima en la lengua. Se encuentra en las primeras escrituras y privilejios que conocemos: en el de Avilés tenemos todavía la forma latina pura *sedeat* que después fue *seya,* i al fin *sea.* Asomaba ya oscuramente *sedere* por este en la latinidad clásica.

3. Las formas que toma frecuentemente el latino *videre* en Berceo sujieren observaciones análogas: *vedes* (vides), *vedie* (videbam), *veder* (videre), etc.

4. *Acer* (habere). La conjugación de este verbo en el Cid no tiene más señales de antigüedad que en la generalidad de los escritos del siglo XIII. En Berceo ocurren las formas casi latinas *aves* (habes), *ave* (habat), *aven* (habent).

5. En el Cid, *diré, dirás.* En Berceo encontramos *diré, dirás,* que se aproximan a *decir he, decir has.*

6. En Berceo son mas frecuentes los pretéritos irregulares, sacados inmediatamente del latín: *escrivo* (scripsi), *miso* (misit), *promiso* (promisit), *remanso* (remansit), *riso* (visit), etc.

7. Conservase en Berceo el futuro latino en *aro, ero:*

   Si una vez tornaro en la mi calabrina,
   Non fallaré en el mundo señora ni madrina.
   (S. Oria 101)

   Ca si Dios lo quisiere e yo ferlo poderro,
   Buscarvos me acerco en cuanto que sopiero.
   (Mill. 248)

No hai vestigio de esta terminación verbal en el Cid.

8. Otra señal inequívoca de superior antigüedad en Berceo es la terminación *me* en lugar de *mbrs,* como en *nomme* (nomine) nombre; de donde *nommadia, nom-\mbr* (nominaire), etc. Así *costume* (consuetudinem) costumbre; *lumme* (lumine) luces, *omne* (hominem) hombre, etc. Guardia análoga con estos *femna* (femina) hembra, *damna* (damanam) doña, etc. Nadie de esto en el Cid.

9. En el Cid hallamos *aleanz, alcanza, alcanzo* (alcanzar). Dijose mas antigüamente *encazar* i por consiguiente *encazar.* El verbo se encuentra en Berceo, Mill. 516, S. Mill. 461, i ambas voces en el Alejandro, 695, 1032. En francés *encalz, enalcer, enchauser,* en italiano *incalz, incalzar,* en la baja latinidad Inclazar. El uso del Cid se acerca tanto al nuestro como el de Berceo i el Alejandro a la raíz.


12. Cid, *cuidar,* *cuidar* (cognitare). En Berceo *cuidar,* i ademans *cuidar, cueidar* cueitar, que se aproximan algo mas al origen.
13. En el Cid, plata: Consérvese en Berceo y en la versión castellana del Fuero Juzgo, argento, argento, argentum...

14. Cid, cero (corso) curo, carrera. En Berceo corsa, Mil. 436, S. Mill. 34.

15. En el Cid, cero, Corredor, ligerón. En el Alfonso corsa, 188.

16. En el Cid, jurecito, justiço. En Berceo y en el Fuero Juzgo se conserva judició (judicium), Mil. 339, etc.

17. En el Cid, llegar, antiguamente piegar; que se conserva en Berceo, S. Mill. 146, Mil. 334, etc.

18. Se encuentran en el Cid y en Berceo plorar e llorar, (este último escrito regularmente lorar, por una desafortunada aplicación de la regla de no duplicar una consonante en principio de dicción); pero en Berceo es más frecuente plorar (plorare).

19. Del latín sigillum nació prácticamente sejello, que se encuentra en Berceo. Dijese también secolo. De ambos modos lo hallamos en la versión castellana del Fuero Juzgo. De aquí sejello. En el Cid encontramos solamente, y más de una vez, sejelada, como en el moderno castellano.


21. En el Cid no se conserva la ñ del latín cadere, sino es en la contracción cadé.

En Berceo se lee castr, castró, castrando.


23. Cid, cinquagesima; versión castellana del Fuero Juzgo, cinquagesima (quinquagesima).

24. Cid, fuerza. Fuero Juzgo, forcia (fortia); i de aquí forciado, en el Cid, forzado.

25. Cid, ninf; Fuero Juzgo, nusse (novem).


27. Cid, abelar, Berceo, abolar, (de obtus).

Por no causar más omiso otras observaciones. Se notará tal vez una que otra vez en el Cid con apariencia de más antigua que la correspondiente de Berceo. Yo no hago memoria sino de estar (estir), en Berceo estar o isar. Me atrevo a decir que las observaciones en sentido contrario preponderan incomparablemente.

Se ha notado en el Poema del Cid las palabras muerto, fuerte, fuente, lucoj areasonantes de Carcas, Compador, amor, Sol, etc.; de donde se ha inferido con mucha probabilidad que el autor pronunciaba muerte, forte, fonte, loit (longe); formas que se aproximan a la raíz latina o se confunden con ella. Pero no se debe deducir de aquí la mayor antigüedad del lenguaje de este Poema, comparado con el de Berceo, como algunos han pretendido. En las obras de don Gualdo, según los tenemos, se lece muerto, tuerto, fuerta, prueba, etc. ¿Pero no habrá sucedido con ellas lo que con el Poema del Cid? No habrán mudado los copiadores de Berceo la ñ en un, siguiendo la pronunciación de su tiempo? Para que valiese el argumento era necesario refutar esta suposición, y eso es en lo que nadie ha pensado. Si se hubiesen observado cuidadosamente las rimas de Berceo, se habría notado qué en ellas este dipinto ñe rima siempre consigo mismo, y juntas con la ñ local o con el dipinto ñe de manera que restableciendo la primitiva ñ, subsiste siempre la consonancia. Así riman denuestas, descompuestas, cuestas, puestas, S. Dom. 148; tuerta, puerta, muerta, S. Dom. 294; muecas, cuecas, pruebas, muertas, S. Dom. 293; fuera de otros ejemplos en el mismo poema, i a proporción en los otros. Vemos por el contrario que la antigua forma medio de palabras donde después pasó a ñe, rima alguna vez con la ñ de palabras que nunca han sufrido esa transformación.

La una destas, ambas tan honradas personas,
Tenía empa su mano dos preciosas corpas,
De oro bien obradas; como no, vieja bonita,
Nun un quine a otro non dio tan ricas donas.

(S. Dom. 233).

Yo no creo que un hecho tan notable y tan uniforme pueda explicarse sino en la suposición de que Berceo pronunciaba o no lo, y de que los copiantes sustituyeron el diplongo a la vocal, escribiendo como los estaban acostumbrados a pronunciar. Siguió luego una época en que la lengua vacilaba entre los dos sonidos; de lo que tenemos abundantes muestras en el Fuero Jujeo castellano. Vemos ya en el Alejandro las rimas cierto, abierto, huerto, muerto, 422, i facienda, fuera, muera, guerra, 200; i en el Arcipreste de Hita ocurre con mucha más frecuencia esta especie de consonancias. Al fin la lengua retuvo en ciertas palabras la vocal primitiva, desechando el diplongo, como en conde (comite), que solía también pronunciarse cuende, i en otras adoptó definitivamente el diplongo, como en muerte, fuente, etc.

Lo que ha parecido a muchos una señal de superior antigüedad en el Cid es la sencillez i desafío de la frase. Berceo es en general más correcto, i un tanto más artificial en la estructura de sus periodos. Pero este es un indicio falaz. La instrucción de un escritor, su conocimiento del latín, que supone ciertas nociones gramaticales, las personas para quienes escribe, i el género mismo de la composición, influyen necesariamente en sus locuciones i frases. ¿Cuántas obras italianas deberían pasar por anteriores a las del Petrarca, si por lo tosc o bárbaro de las construcciones hubiese de fijarse su fecha? En la antigua epopeya narrativa los periodos son generalmente cortos, i lo mismo se observa aun en los romances históricos i caballerescos del siglo XVI. Lo mas o menos determinado del metro no prueba otra cosa que mas o menos arte en el poeta. Añádase que el Poema del Cid ha sido horriblemente estropeado por los copiantes, a quienes debe imputarse mucha parte de lo que hoy hallamos de incorrecto i rudo en el lenguaje i el metro; como tendrá ocasión de probarlo.

Atiéndanlos, pues, a la comparación de los textos impresos, no encuentro motivo de juzgar mas antiguo el lenguaje del Cid que el de Berceo, sino mas bien al contrario. Pero de aquí no debe inferirse que el Cid se haya compuesto precisamente a mediados o a fines del siglo décimotorce; porque me parece indudable que aun el lenguaje de Berceo, i mucho mas el del Cid, han sido modernizados por los copiantes.

«En Berceo (ha dicho un distinguido contemporáneo) hai uno que otro verso con trazas de haberse escrito bai mismo; lo cual no sucede con el Poema del Cid, donde no hai uno solo que al lenguaje hai usado tanto se acerque aserción aventurada. Son bastantes los que podrían citarse en contrario (I).

Otra cuestión previa en que es preciso que nos detengamos un momento, es esta: ¿de qué fecha es el códice que se guardaba en Vivar, único que del Poema del Cid se conoce hasta ahora, i de que se sirvió don Tomás Antonio Suárez en la edición

(I) De todas cosas, cuantas son de rienda.
El Campeador dejaste en vuestra mano.
Mas decíamos del Cid, ¿a quien será pagado,
O qué ganancia nos dará por todo aquésto año?
Ha menester seiscientos marcos.
Dijo Martín Antolín, yo deseo me pago.
Así como entraron, el Cid besaron las manos.
Así es vuestra ventura; grandes son vuestras ganancias.
Notóis don Martín, sin pesar los tomba.
Cinco escuderos tiene; a todos los cargaba.

Estos versos ocurren entre los descuentes primeros.
de sus Poesías Castellanas anteriores al siglo XV? Los últimos versos del código dicen que «Per Albat lo escribió en el mes de Mayo, Era de mil CC...XXVII años.» Pero después de la segunda G se notaba una raspadura y un espacio vacío como el que habría ocupado otra C o la conjunción e, que no deja de ocurrir otras veces en igual paraje. Esta segunda suposición es imposible. ¿Qué objeto hubiera tenido la cancelación de una vez tan usual y propia? ¿Era tan stringidamente escrupuloso en el uso de las palabras el que puso por escrito el Poema? No es imposible que habiendo escrito una C de más la borrara. Pero lo más verosímil es que alguien curioso la raspó. Como sospecha Sanchez, para dar al código más antigüedad y estimación; contradice que se confirme, no solo por la letra, que parecía del siglo XIV según el mismo Sanchez, sino por el lenguaje, que presenta muchas señales de inferior antigüedad al de Berceo, como me parece haberlo probado (m).

No creo, pues, que se pueda admitir como verdadera fecha del código la que en él a primera vista aparece. Escríbese sin duda en la Era mil trescientos cuarenta y cinco, que corresponde al año 1367 de Cristo.

¿En qué tiempo se compuso el Poema? no admite duda que su antigüedad es más superior a la del código. Yo me inclino a mirarlo como la primera, en el orden cronológico, de las poesías castellanas que han llegado a nosotros. Mas para formar este juicio presumo que el manuscrito de Vivar no nos lo retrata con sus fecciones primativas, sino desfigurado por los juglares que lo cantaban y por los copistas, que hicieron sin duda con esta lo que con otras obras antiguas, y acordándola a las sucesivas variaciones de la lengua, quitando, poniendo e alterando a su antojo, hasta que vino a parar en estado lásmico de mutilación y degradación en que ahora lo vemos. No es necesaria mucha perspicacia para percibir acá y allá vacíos, interpola- ciones, trasposiciones, y la sustitución de unos epítetos a otros, con daño de la rima y de la rima. Las poesías destinadas al vulgo debían sufrir más que otras en estanció de bastardo, ya en las copias, ya en la transmisión oral.

Que desde mediados del siglo XII hubo uno o varios poemas que celebraban las proezas del Cid, es incontestable. En la Crónica latina de Alfonso VII escrita en la segunda mitad del siglo XII, introduce el autor un catálogo, en verso, de las tro- pas y caudillos que concurrieron a la expedición de Almeria; citando entre estos a Alvar Rodríguez de Toledo, recuerda a su abuelo Alvar Fañez, compañero de Rui Díaz, y dice de este último que sus hazañas eran celebradas en cantares y que se le llamaba comunesco Mio Cid:

Ipse Rederique Mio Cid sape vocatus,
De quo cantatur, etc.

Se cantaban pues las victorias de Rui Díaz y se le daba el título de Mio Cid, con que le nombra a cada paso el Poema, desde la segunda mitad del siglo XII por lo menos. Mr. Tischner conjuración por estos versos que a mediados de aquel siglo eran ya conocidos y cantados los romances de que empezaron a salir colecciones impresas en el siglo XVI. Pero es extraño que no hubiese referido esta conjuración al Poema del Cid, en que es frecuentísimo, y por decirlo así, habitual el epíteto Mio Cid, que no recuerdo haber visto en ninguna de los viejos romances castellanos los que celebran los hechos del Campeador.

(m) Después de escrito el presente discurso ha llegado a mis manos el primer tomo de la trans- dución castellana de la Historia de Mr. Tischner con adiciones y notas críticas por don Pascual de Gayangos. En una nota de la página 445 se dice que el código de Per Albat fue primero de los manuscritos de Vivar, y lo puse después el erudito don Eugenio Llaguno. Amo. quien lo facilitó a Sanchez para su publicación. «En cuanto a la fecha del código, añade el señor Gayangos, no admite duda que se escribió en MOCCCLIV, y que algún curioso rasgó una de las G a fin de darle mayor antigüedad. Si hubiese habido una en lugar de otras C, como algunas suponen, la raspadura no hubiera sido tan grande. Pues es este que hemos examinado con detinción y escrupulosidad a la vista del código original, y sobre el cual no pesa la menora duda.»
Notaré de paso, que la palabra romance ha tenido diferentes acepciones en castellano, sin tomar en cuenta su primitivo significado de lengua romana vulgar. Dióse este nombre a todo género de composiciones poéticas en castellano: Béraco llama romance sus Lores de Nuestra Señora, cap. 232, y el Arceprato de Hita su colección de poetas devotas, morales, satíricas, cap. 4. No es improbable que en España, como en Francia, se designasen particularmente con el título de romances las más antiguas épopeyas históricas o caballerescas, apellidadas también Gestas y Cantares de Gesta. Pero desde el siglo XV prevaleció la práctica de llamar, así los narrativos en verso octosílabo y asonancia alternativa, de que están llenos los Cancioneros. En el siglo XVII se compusieron en el mismo metro romances sujetivos e íricos; en que se han ejercitado los mejores poetas españoles hasta nuestros días.

Sería temeridad afirmar que el Poema que conocemos fuese precisamente aquel, o uno de aquellos, a que se alude en la Crónica de Alfonso VII; aun prescindiendo de la indubitada corrección de las obras de más antigua data. Pero tengo por muy verosímil que por los años de 1150 se contaba una Gesta o relación de los hechos de Mio Cid en los versos largos e el estilo sencillo e cortado, cuyo tipo se conserva en el Poema, no obstante sus incorrecciones; relación, aunque destinada a cantarse, escrita con pretensiones de historia, recibida como tal, y depositaria de tradiciones que por su cercanía a los tiempos del héroe no distaban mucho de la verdad. Esta relación, con el trascursro de los años, y según el proceder ordinario de las creencias y los cantos del vulgo, fue recibiendo continuas modificaciones e interpolaciones, en que se exajeraron los hechos del campeón castellano, y se injurieron fábulas que no tardaron en pasar a las Crónicas e a lo que entonces se reputaba historia. Cada generación de juglares tuvo, por decirlo así, su edición peculiar, en que no solo el lenguaje, sino la leyenda tradicional, aparecían bajo formas nuevas. El presente Poema del Cid es una de estas ediciones, y representa una de las fases sucesivas de aquella antigua Gesta.

Cuál fuese la fecha de esta edición es lo que se trata de averiguar. Si no prescindimos de las alteraciones puramente ortográficas, del retocar de frases y palabras para ajustarla al estilo de la lengua en 1307, y de algunas otras innovaciones que no atañen ni a la sustancia de los hechos ni al carácter típico de la expresión e del estilo, sería menester dar al Poema una antigüedad poco inferior a la del códice. Pero el códice, en medio de sus infidelidades, reproduce sin duda una obra que contaba ya muchos años de fecha. Prueba de este, no la rudeza del metro comparado con el de Béraco, porque este indicio vale poco, sobre todo si se admite, como es de toda necesidad, que el texto ha sido gravemente adulterado en las copias; no la mayor ancianidad de los vocablos y frases cotejados con los de Béraco e de otros escritores del siglo XIII, porque esta aserción carece de fundamento, como creo haberlo probado; sino la forma misma de muchas de las palabras alteradas. El Poema no pudo haberse compuesto sino cuando muchas de estas no habían pasado todavía de la voz del diptongo úe. Esta observación es de don Tomás Antonio Sánchez, y me parece decisiva. Los cópiantes, dando a las palabras la pronunciación contemporánea, pintando esta pronunciación en la escritura e haciendo así desaparecer la asonancia, nos dan a conocer que trabajaban sobre originales que habían ya envejecido cuando los transcribían.

Otra observación han hecho algunos en prueba de las alteraciones que había sufrido el texto según lo exhibe el manuscrito de Vivar, y es la asonancia de vocablos graves con vocablos agudos, como de Menos, partes, grandes, con lidiar, canal, voluntad, e de bendiciones, corredores, violaciones, con Campeador, Sol, razón. De aquí colijieron que el poeta hubo de haber escrito lidiare, canale, campeadores, ra-
zone, terminaciones más semejantes a las del origen latino i por consiguiente más antiguas [3]. Pero la verdad del caso es que según la práctica de los poetas en la primera edad de la lengua, no se contaba para la asonancia la e de la última sílaba de palabras grietas, sin duda porque se prefería de un modo algo débil i sordo, a semejanzas de la e mudá francesa. En efecto, es inconcebible que se haya pronunciado jamas sone, dane, yot, en lugar de son, dan, yan, (yunt, dant, jam); la e de la sílaba final hubiera alejado estas palabras de su origen, en vez de acercarlas. Por otra parte, las obras en prosa nos dan a cada paso ovei por oveire, quiéres por quiéres; poder por podier, dond por donde; part por parte, grand por grande, i no se ve nunca mase por más o más, ni das por de, ni dane por dan, ni yue por ya, como escribieron los coleccionadores de romances en el siglo XVI, los cuales queriendo retablizar la asonancia que habia dejado de percibirse, añadieron una e a la sílaba final de las voces agudas, cuando en rigor debieron haberla quitado a las graves, escribiendo part, cort, corredor, enfante. De esta manera habrian representado aproximativamente los antiguos sonidos débiles i sordos, á que el castellano habia ya dado mas robustez i llenura, cuando ellos escribieron.

En los Cancioneros mismos no figura nunca esta e advendiza sino en los finales de los versos, donde los coleccionadores imaginaron que hacia falta para la rima.

De todos modos, la presencia de esta e no dañó mas antigüedad al Poema del Cid que a muchos de los romances viejos, donde leemos, por ejemplo:

Moriana en un castillo
Juega con el moro Galvano;
Juega los dos a las tablas
Por mayor placer tomare.
Cada vez que el moro pierde,
Bien perdía una diadema;
Cuando Moriana pierde,
La manto le da a besar,
Por placer que el moro loma
Adornecido se cae, etc.

(Biblioth. de Ant. Español., tom. X, pág. 3).

La sustitución de epítetos es una circunstancia mucho mas significativa. Los del Cid son sujetados frecuentemente, como los de Homero i los Troveres, por las exigencias del metro. Martín Antolín es el burgalés cumplido o el burgalés contado, o el burgalés de pro, según lo pide el asonante. Rui Díaz, de la misma manera i por la misma causa, es Mio Cid el Campeador, el o Mio Cid el de Vivar, o el que en buen ora cieno espada, o el que en buen ora nació o el que en buen ora náseo, o el de la barba bellíssima, etc. Pero sucede a veces que se infringe la asonancia, poniéndose un epíteto en vez de otro: manifesta errata de escribiente, que traslada con poco cuidado, o quizá escribe de memoria. Sobre estos indicios de inexactitudes y las correcciones que sujieren, me propongo tratar en otra ocasión.

Doy pues por sentado, lo que no creo que nadie dispute, que el Poema del Cid se compuso antes de 1307, fecha del manuscrito de Per Abbot. ¿ Pero cuánto tiempo antes?

Yo no puedo persuadarme de que se compusiese con tanta inmediación a la muerte del héroe, como se ha creído generalmente. Las fábulas i errores históricos de que abunda, denuncian el trascursar de un siglo, cuando menos, entre la existencia del

[a] Sánchez vacila en este punto, pero parece mas bien inclinarse á mi modo de pensar. (Tom. I, pág. 263).
Campeador y la del Poema. La epopeya de los siglos duodécimo y decimotercio era en España una historia en verso; escrita sin discernimiento, y atestada de las habilidades con que en todo tiempo ha desfigurado el vulgo los hechos de los hombres ilustres, y mucho más en épocas de jeneral rudeza; y sin embargo recibida por la jente que la oía cantar (pues lectores había poquísimo fuera de los claustros), como una relación sustancialmente verdadera de la vida o las principales aventuras de un personaje. Pero las tradiciones fabulosas no nacen ni se acreditan de golpe, mayormente aquellas que suponen una entera ignorancia de la historia auténtica, y que se oponen a ella en cosas que no pudieron ocultarse a los contemporáneos o a sus inmediatos descendientes. Tal es en el Poema del Cid la fábula del casamiento de las hijas de Rui Díaz con los Infantes de Carrion, y todo lo que de allí se siguió hasta su matrimonio con los Infantes de Aragon í de Navarra. Echase de ver que el autor del Poema ignoró la alta calidad de doña Jimena, la esposa del héroe, y los verdaderos nombres y enlaces de sus hijas. Sus Infantes de Carrion son tan apócrifos como los de Lara, de no menor celebridad romancesca. Que se exajeran desde muy temprano el número y grandezza de las hazañas de un cadillo tan señalado y tan popular, nada de extraordinario tendría; pero es difícil concebir que poco después de su muerte, cuando uno de sus nietos ocupaba el trono de Navarra, y una bizneta estaba casada con el heredero de Castilla; cuando aun vivían acaso algunos de sus compañeros de armas, y muchísimos sin duda de los inmediatos descendientes de estos se hallaban derramados por toda España, se ignorase en Castilla haber sido su esposa una señora que tenía estrechas relaciones de sangre con la familia reinante, y haber casado la menor de sus hijas, no con un infante aragonés imaginario, sino con un conde soberano de Barcelona, que fum treinta y dos años después de su suegro.

Algunos habrán que se paguen de los esfujos a que apelaron Berganza y otros para conciliar las tradiciones poéticas del Cid con la historia; suponiendo, entre otras cosas, que el Cid se casó dos veces, y que cada una de sus hijas tuvo dos nombres diferentes. Pero todo ello, sobre infundado y gratuito, es insuficiente para salvar la veracidad de los romances, crónicas y gestas, que reconocen un solo matrimonio del Cid, y dan un solo nombre a cada una de sus hijas.

En otra ocasión procurará separar lo histórico de lo fabuloso en las tradiciones populares relativas al Cid Campeador, y refutar al mismo tiempo los argumentos de aquellos que echan por el rumbo contrario no encuentran nada que mereza confianza en cuanto se ha escrito de Rui Díaz y hasta dudan que haya existido jamás.

Creo en fuerza de lo dicho que el Poema del Cid hubo de componerse poco antes o después de 1200, e ciertamente antes de expirar la primera mitad del siglo XIII. Este juicio sujeto por el cotejo de los hechos narrados en el Poema con la verdadera historia, se comprueba en parte por un dato cronológico en el verso 2001, donde se hace mención del rey de los Montes Claros; título que dieron los españoles a los príncipes de la secta y dinastía de los Almorávides. Esta secta no se levantó en África hasta muy entrado el siglo XII, ni tuvo injerencia en las cosas de España hasta mediados del mismo siglo; y así un autor que escribiese por aquel tiempo o poco después, no podía caer en el anacronismo de hacerlos contemporáneos del Cid y de Juciphi, miramamolín de la dinastía de los Almorávides, desvirtuados por ellos.

En la Castilla del Padre Risco, a la página 69, se cita un dictamen del distinguido antiguarión don Rafael Floranes; el cual, dice Risco, advirtiendo que en el Repartimiento de Sevilla del año 1233, que publicó Espinosa en la Historia de aquella ciudad, se nombraba entre otros a Pero Abat, Chante de la corteza real, llegó
a persuadirse que no fué otro el autor del Poema, atendido el tiempo, el oficio de este sujeto, el buen gusto de don Alfonso IX y del santo rey don Fernando su hijo. Según esto, Per Abad no es el nombre de un mero copista sino el del autor, y el manuscrito lleva la fecha de la composición, no de la copia. Pero ¿será esa fecha la de 1207 que corresponde a la Era MCCXLVI?, que parece ser la del códice, o la del año 1307 correspondiente a la Era MCCXLVI, que según lo arriba dicho es la única que puede aceptarse? La primera no convenía a Floranes, que por otro dato de que luego hablaremos, no creía que el Poema del Cid se hubiese compuesto antes de 1221. Pero la segunda dista demasiado de la época del Repartimiento. Para obviar esta dificultad supusieron Floranes que la Era del manuscrito no significaba la Española, sino la vulgar del nacimiento de Cristo, que cuenta, como todos saben, 33 años menos. Compárese, pues, el Poema, según Floranes, en el mes de Mayo del año de 1245.

Esta opinión ha tenido pocos seguidores. Militan contra ella, no tanto las señales de superior antigüedad del Poema, que, en rigor, no son decisivas, cuanto la sospechosa raspadura, y la conversión de la Era en el año de Cristo, contra la costumbre general de aquel tiempo. La semejanza de nombre y apellido no es argumento de bastante fuerza contra dificultades tan graves. Ejemplos de igual semejanza, sin identidad personal, eran comunes en España por la poca variedad de los nombres propios que se usaban, y porque muchos de ellos eran heredítarios e estaban como vinculados en ciertas familias. Por lo demás, las palabras mismas del códice manifiestan que allí se trata de una copia, pues un mes (como observa Sánchez) era tiempo bastante para transcribir el Poema, no para componerlo. (a)

Hay aquí otra coincidencia digna de notarse. Don Tomás Antonio Sánchez, en una nota a la copia 1016 del Arcipreste de Hita, dice que Ortiz de Zúñiga en sus Anales de Sevilla, con la autoridad de Argote de Molina en su Introducción al Repartimiento manuscrito, refiere que Nicolás de los Romances y Domingo Abad de los Romances fueron poetas del santo rey don Fernando y que ambos quedaron vecindados en Sevilla. Mr. Ticknor (pá. 116 del tomo primero) da con más especificación, aunque con alguna varidad, la misma noticia. Sienta que San Fernando, después de la conquista de Sevilla en 1248, dio repartimientos a dos poetas que le habían acompañado durante el sitio, Nicolás de los Romances, y Domingo Abad de los Romances; el primero de los cuales permaneció en aquella ciudad algún tiempo después, ejerciendo allí su profesión de poeta. Y añade por nota lo que sigue. «Hay suficiente fundamento para creerlo así, aunque el hecho mismo de darse a una persona por apellidos la especie de poetas que componía, no deja de ser singular. Ortiz de Zúñiga dice que lo halló en los documentos originales de los Repartimientos, de que se había servido Argote de Molina, en las escrituras del archivo de la Catedral. Los Repartimientos o distribuciones de tierras en una ciudad, de que, como refiere Mariana, emigraron o fueron expulsos cien mil moros, no eran poca cosa, y los documentos que siguiéron estas reparticiones parecen haber sido circunstanciados e exactos.» Que un Pedro Abad fue copista de romances en 1301 y un Domingo Abad los componióse originales hacia el año 1250, puede preocupar a primera vista; pero se explica fácilmente en la suposición de una familia que tuviese el sobrenombre Abad. Lo que me parece importante y significativo es el apellido de los Romances. Véase por él que estas composiciones daban cierta celebridad a los poetas en la primera mitad del siglo XIII. ¿Pero se trata aquí de los romances octosílabos que se recopilaron mucho más tarde, o de los Cantares de Gesta, como el Poema del Cid? Mr. Ticknor se inclina a lo primero. Yo, admitiendo que la palabra significaba en aquella edad una ca-

(a) En una nota anterior he citado el testimonio de un inteligente bibliotecario, el Sr. Gayangos, que tiene por indudable la raspadura de la C.
pecie de poesía popular, creo que esta calidad erra tan característica de los Cantares de Gesta como de los Romances viejos, y que la forma octosilaba de la epopeya narrativa, de que no creo que existan monumentos anteriores al siglo XV, no era conocida en tiempo de San Fernando, y de don Alonso el Sabio su hijo. En realidad el romance octosilabo inició de la antigua epopeya en versos largos, como procuraré probarlo a su tiempo. Ni juglar o juglarésa significaba precisamente cantor o cantora de los romances octosilabos, que Mr. Ticknor llama baladas (ballade). «Los caballeros» dice la lei 29, título 21, Partida Segunda «non consenten que los juglares dijesen ante ellos otros cantores, si no de guerra o que fablasen en fecho de armas; esto es, Cantares de Gesta como los del Poema del Cid, que según ahora lo tenemos se divide en tres secciones o cantos, llamados allí mismo cantares. La segunda de estas secciones termina así:

Las coplas dest cantar aqui s'han acabando:
El Criador vos vala con todos los sos Sancios.

(v. 2287 i 2288)

Berceo dice a Santo Domingo de Silos:
Padre, entre los otros a mi non desampares,
Ca dicen que bien suelen pensar de tus juglares.

(756)

De manera que se llamaban juglares los que cantaban todo género de poesías narrativas, y aun todo género de poesías. Tal fue también el significado de jongleurs en francés. Los Cantares de Gesta, de que también se hace mención en la Crónica General atribuida a don Alonso el Sabio, solían así mismo denominarse Gesta según se vio el principio de la segunda sección o Cantar del Poema del Cid:

Aquí s'empieza la Gesta de Mio Cid el de Vivar.

(v. 1089).

Por donde aparece que el verdadero título del Poema es La Gesta de Mio Cid. I por aquí se ve también (dicho sea de paso) el género de composición a que pertenece la obra, el de los Gesta o Chansons de Geste de los trovadores franceses.

Floranes insistió particularmente en los versos siguientes, que están al fin del Poema:

Ved cuál onda crece al que en buen hora nació,
Cuando señoras son sus hijas de Navarra e d' Aragon:
Hui los reyes de España sus parientes son:
A todos alcanza onda por el que en buen hora nació.

En la edición de Sanchez se lee todas, en lugar de todas; errata manifiesta, sea del manuscrito o del impreso, porque este adjetivo no puede referirse sino a reyes.

Parece colectarse de estos versos haberse compuesto el Poema después que todas las familias reinantes de España habían emparentado con la descendencia del Cid. Ahora bien; la sangre de Rui Díaz subió al trono de Navarra con don García Ramírez, nieto del Cid, que recobró los dominios de sus mayores en 1134. Entró en la familia real de Castilla el año 1151 por el casamiento de Blanca de Navarra, hija de don García Ramírez, con el infante don Sancho, hijo del emperador don Alonso, i herde
dero del reino. De Castilla la llevó a Leon en 1197 doña Berenguela, hija del rei don Alonso el de las Nicas, que fue hijo de los referidos Sancho e Blanca; i a Portugal doña Urraca, que casó con el monarca portugués Alonso II, cuyo reinado principi
en 1212 (1). Y los reyes de Aragón no entraron en ella hasta el año de 1221 por el matrimonio de don Jaime el Conquistador con Berenguela de Castilla. Por consiguiente el poema no pudo menos de componerse después de 1221, según la conclusión de don Rafael Floranes.

Pero es preciso apreciar este argumento en lo que realmente vale. No se debe deducir de los versos citados la verdadera edad de la composición según los datos de la historia auténtica, sino según las erradas nociones históricas del poeta, cualesquiera que fuesen. Si el poeta creyó que la descendencia del Cid se había enlazado con la dinastía de Aragón desde el siglo undécimo, por el supuesto matrimonio de una de las hijas del Cid con un infante aragonés, claro está que la data verdadera del enlace de las dos familias no puede servir para fijar el tiempo en que se escribió el poema. Y descartada esta fecha, es preciso confesar que no valen gran cosa las otras.

Porque habiendo creído el poeta que la sangre del Cid ennoblecía desde el siglo XI dos de los principales tronos de la España cristiana, el de Aragón y el de Navarra, los enlaces repetidos de las varias familias reinantes de la Península le daban suficiente motivo para colgar vagamente que en el espacio de 80 o 100 años habrían emparentado todas ellas con la descendencia de Campeador, sin pensar en matrimonios ni épocas determinadas. La consecuencia legítima que se puede deducir de aquellos versos no sería mas que una repetición de lo que arriba he dicho. Es preciso que entre ellos y la muerte del Cid haya trascurrido bastante tiempo, para que tantos hechos exagerados o falsos pasasen por moneda corriente.

Por otra parte, me inclino a creer que el poema no se compuso mucho después de 1208, y que aun pudo escribirse algunos años antes, atendiendo a las fábulas que en él se introducen, las cuales están, por decirlo así, a la mitad del camino entre la verdad histórica y las abultadas ficciones de las Crónicas General y del Cid, que se compusieron algo mas adelante. El lenguaje, ciertamente, según lo exhibe el código de Vivar, no sube a una antigüedad tan remota; pero ya hemos indicado la causa.

Resumiendo lo dicho hasta aquí, resulta:
1. Que el código de Per Abbat se escribió en 1507.
2. Que Per Abbat no fué autor del Poema, sino mero copiante.
3. Que el código de Per Abbat es un ejemplar incorrecto de una obra de superior antigüedad.
4. Que la fecha del poema, considerados los hechos que refiere, su tipo artístico, y lo que por entretanto las innovaciones de copia se cumplieron del lenguaje en que estaba escrito, puede colocarse con bastante verosimilitud poco antes o después de 1200.

Sobre quién fue el autor de este venerable monumento de la lengua, no tenemos ni conjeturas siquiera, excepto la de don Rafael Floranes, que no ha hecho fortuna. Pero, bien mirado, el Poema del Cid ha sido la obra de una serie de generaciones de poetas, cada una de las cuales ha formado su texto peculiar, refundiendo los anteriores, y realizándolos con exageraciones y fábulas que hagaban más o menos la vanidad nacional y la credulidad. Ni terminé el desarrollo de la leyenda sino en las Crónicas General y del Cid, que tuvieron bastante autoridad para que las adiciones posteriores, que continuaron hasta el siglo XVII, se recibiesen como ficciones poéticas y no se incorporasen ya en las tradiciones a que se atribuía un carácter histórico.

Resta clasificar esta composición, y fijar el lugar que le corresponde entre las producciones poéticas de la Media Edad Europea. Siamonti la llama el poema épico más antiguo de cuentos se han dado a luz en las lenguas modernas; comparándola sin duda con los de Puebl, Boyardo e Ariosto. Pero no debemos clasificarlo sino con las leyendas versificadas de los troveres, llamadas Chansons, Romances y Gentes. Su
mismo autor, dándole el título de *Gesta*, ha declarado su alcurnia i su tipo. Mas á-
nes de pasar á este asunto, me hallo obligado á discutir otros puntos, en que tengo el
sentimiento de no poder adherir á las opiniones de Mr. Ticknor.

**INVESTIGACIONES sobre la altitud de los cerros culmiñantes
de la Cordillera de los Andes, por DON AMADO PISSIS.**

(LEÍDO EN LA SESION DE LAS FACULTADES DE CIENCIAS FISICAS I MATEMATICAS
Y DE MEDICINA.)

Las primeras observaciones hechas con el fin de medir las alturas de algunas cí-
mas de los Andes, se refieren al año 1736, época en que los Académicos Franceses
comisionados para medir la longitud del grado de meridiano correspondiente al ecua-
dor, principiaron sus trabajos en las cercanías de Quito. Como medio siglo después,
Alejandro de Humboldt, durante su memorable viaje en las regiones ecuatoriales de
América, midió la altura de varias cimas de esta gran cadena i entre ellas, la del
Chimborazo.

Este cerro co'osal elevado de 6530 metros sobre el nivel del mar, fué considerado
como el punto más alto de la superficie de la tierra hasta que el estudio de las cor-
dilleras del Asia Central i especialmente la del Himalaya hizo conocer todavía algu-
nos montes más elevados i desde entonces los Andes no ocuparon mas que el segun-
do lugar entre las altas cordilleras del globo.

Varios viajeros siguieron el ejemplo de Humboldt i recorriendo distintas regiones
de la América, midieron las altitudes de muchos otros puntos; de modo que
después de este intervalo de cerca de un siglo que había suministrado tantos datos
para la orografía del nuevo continente, la opinion de los geógrafos sobre la rejion
culmiñante de los Andes, parecía definitivamente fijada; cuando el señor Pentland
en 1837, hizo conocer las altitudes del nevado de Sorata i del Jilimi. Estos dos
cerros cuyas alturas sobre el nivel del mar eran 7696 i 7316 metros, dominaban al
Chimborazo el uno de 4466 i el otro de 785 metros de modo que la rejion culmiñan-
te de los Andes hallándose transportada mas al Sur i cerca de la gran llanura ocupa-
da por la laguna de Titicaca. En fin, algunos años después, Fitzroy hizo público el
resultado de sus observaciones sobre el volcán de Aconcagua por el cual halló una al-
titud de 7071 metros.

Tal era el estado de la cuestion cuando la triangulación de la llanura de Bolivia
principiada en el año de 1847 nos proporcionó la ocasión de medir de nuevo la al-
tura del Jilimi. La cima de este cerro fué relacionada con los tres triangulos medi-
dos entre Calamarca i la Paz i las distancias centimétricas observadas de cinco puntos
distintos.

El término medio entre los resultados de estas observaciones fué 6500 metros al-
titud que presentaba una diferencia de 806 metros, con la que había dado el señor
Pentland; diferencia demasiado grande para ser atribuida á la inexactitud de las
observaciones i que nos hizo pensar que no podía provenir sino de alguna equivoca-
ción. Efectivamente, pocos días después que el resultado de nuestras observaciones
fué comunicado á la Academia de Ciencias de París, el señor Pentland mandó un